

poco más en todas estas cosas, ¡cuántas operaciones que hoy hacen, ya no las harían!

Esta cuestión de las enfermedades crónicas, tiene por corolario, la cuestión de las enfermedades hereditarias.

Estas, como lo dice la palabra, se transmiten de familia en familia por vía de generación.

Esta transmisión es, desdichadamente, muy segura, incontestable é incontestada. «Se hereda, ha dicho Baillou, los males de sus padres, como se heredan sus bienes, y esta funesta herencia se transmite de una manera más segura todavía que la otra.»

¿Cómo se transmiten esas enfermedades?

Las tentativas de solución de esta cuestión están ramificadas hasta lo infinito. Es evidente que cada uno se esfuerza en explicarla, conforme al sistema que profesa. Los humoristas ven la transmisión de los humores, los organicistas, las modificaciones de los órganos, los químicos, los solidistas, los espiritualistas, se hallan más ó menos embarazados para dar sus explicaciones, pero no dejan de hacer esfuerzos para hallarla.

Os voy á dar la mía; está conforme con nuestra doctrina; se deduce de nuestros principios, de la manera más natural. Todo debe

encadenarse en una doctrina médica, y los anillos de la cadena, todos solidarios unos de otros, deben todos concurrir á la formación de la unidad, y nunca presentar la menor solución de continuidad.

Puesto que hemos admitido, como principio trinitario, la esencia de tres miasmas específicos, engendrando siempre á las enfermedades crónicas, puesto que éstas resultan de una modificación esencial del principio vital por uno de los tres miasmas, es de toda evidencia cómo parece, que las enfermedades hereditarias, deben ser la transmisión de esas modificaciones del padre al hijo.

No vayais ahora á preguntarme el «cómo fisiológico» de esta transmisión, porque semejantes cuestiones no tienen eco, sino en el abismo de los misterios.

Esta teoría de la transmisión miasmática de las enfermedades hereditarias no tiene por único mérito, la verosimilitud y la claridad; ofrece también materiales muy ricos para la terapéutica, como lo veréis despues.

Esas enfermedades son, pues, gérmenes miasmáticos que reposan en el seno de las fuerzas vitales, hasta que una causa venga á favorecer su desarrollo; son, por decirlo así chispas fluidicas que, como el fuego oculto en el silex, esperan el

choque de las circunstancias para brotar.

¿La manifestación de esas circunstancias es inevitable? felizmente no; ¿pero es probable? desdichadamente sí: todas esas causas morbosas, en una palabra, duermen en nuestra vida en el estado de «posible,» y el más ligero accidente puede despertarlas.

Y también, cómo explicar su periodicidad, la inmunidad que conceden á una ó dos generaciones, á tal ó cual miembro de la misma familia, el capricho de sus manifestaciones, la modificación buena ó mala que pueden dar á las enfermedades intercurrentes, su desalojamiento y sus emigraciones, su debilitamiento y su desaparición total, la diversidad efectiva del mismo tratamiento sobre los miembros de la misma familia, etc., etc. Todas estas cuestiones son fútiles y ociosas. En general, tomad el hábito de deteneros en vuestras investigaciones, dentro de los límites de lo posible, si no vuestros pasos demasiado audaces, se extraviarán siempre en las tinieblas del misterio. De esta manera, en este asunto, dejando seducir vuestra imaginación por el espejismo de la curiosidad científica, llegaríais hasta preguntar cómo el padre transmite á su hijo, su imagen y semejanza, sus incli-

naciones y hábitos, su carácter y sus pasiones.

2°.—MANIFESTACION DE LAS ENFERMEDADES.—Cuando cualquier agente extraño toca al centro de la vida, inmediatamente hay repercusión en la circunferencia; entonces el principio vital pierde su equilibrio, llama en su auxilio por signos particulares, entra en lucha con el enemigo que viene á declararle la guerra. Ahora bien, esta repercusión, esos signos, esos esfuerzos, forman manifestaciones que se llaman síntomas, y llamaremos al conjunto de estos síntomas, cuadros sintomáticos, cuadros que llegan á ser el reflejo de la naturaleza que sufre, el eco de las quejas de la vida, el lenguaje del principio inmateria, traducido por el grito de los órganos.

¿Qué debe hacer un médico en la cabecera de un enfermo? Debe recoger todas las informaciones suministradas por el enfermo y los que le rodean, y examinarlas con una religiosa atención; así se formará la idea más exacta posible de la enfermedad. De igual suerte, un artista llamado para templar un instrumento, pasea su dedo por el teclado, hace hablar á todas las notas, é interroga á todos los tonos para conocer todos los matices del desafinamiento.

No perdamos de vista que las



enfermedades, «en su esencia,» nos son, y siempre nos serán desconocidas. Por lo que es preciso que se manifiesten á nuestros sentidos, por algunos signos seguros y especiales sin los cuales, ¿cómo podríamos llegar á su conocimiento, y por tanto, cómo podríamos curarlas?

Luego cuando ese médico haya recogido todo el conjunto de los síntomas, ¿quién podrá decirle?—No conocéis esta enfermedad. Y cuando, por un tratamiento apropiado, haya hecho desaparecer á todos esos síntomas, ¿quién podrá decirle?—No habéis curado la enfermedad. Sería preciso para ello admitir que las enfermedades pueden existir sin los síntomas, y éstos, existir sin las enfermedades; lo que equivaldría á decir, que una substancia puede existir sin modo, y un modo existir sin substancia.

Galeno dijo, con razón, que el síntoma sigue á la enfermedad, como la sombra sigue al cuerpo.

He aquí por qué el médico homeópata recoge con cuidado, con exactitud, con escrúpulo, todos los síntomas de las enfermedades, y no se basa sino en su conjunto para conocerlas y tratarlas.

He aquí, por qué debe apreciar todos sus matices, y su valor, tanto absoluto como relativo.

He aquí por qué no tratará con

la misma fórmula y el mismo plan, enfermedades que parecen confundirse, y que, sin embargo, son en realidad muy distintas.

Así, recordad en este momento, todos esos casos de dolores reumáticos que hemos hecho desfilar, en el consultorio de un médico alópata. Para nosotros, cada caso de enfermedad tendrá su remedio especial, cada gemido será escuchado é interpretado, y cada matiz tendrá su color. El sufrimiento por el movimiento, y el producido por el reposo, no serán tratados de la misma manera. Pablo no tendrá la misma receta que Pedro, y los dolores nocturnos ó diurnos, no se aliviarán con la misma poción.

He aquí, ciertamente, el medio más seguro para juzgar y tratar á las enfermedades; pero, como la oposición obstinada se halla en todas partes, y saca partido de todo, ella nos ha reprochado muy gravemente, y con mucha seriedad el hacer medicina sintomática. En efecto, los médicos alópatas nos dicen:—«Vosotros no tratáis más que los síntomas; no atacáis sino la corteza de la afección. Mientras que nosotros, vamos á la causa y la combatimos en su naturaleza.»

Señores, podéis decir esto á vuestros clientes, en vuestros salones y en vuestras charlas, pero no á nosotros, dispensad, á nosotros,

que podemos responderos:—¡Conocéis la naturaleza y la causa de las enfermedades! ¡Sois entonces muy dichosos por haberos concedido el Cielo este privilegio!... ¡Y, para conocer la naturaleza y la causa de las enfermedades, vosotros no tenéis necesidad de sus síntomas! ¡Qué feliz intuición!

Ciertos médicos—sobre todo en la Escuela organicista,—no atienden más «que á un síntoma principal,» suficiente por sí solo para indicar á la vez el diagnóstico y el tratamiento. Así, no viendo, por ejemplo, en una erisipela de la cara, más que el síntoma exterior, este será el único que combatan.

Esos prácticos rutineros, han sido censurados hasta por sus colegas; pero la censura se ha generalizado, y ha rebotado sobre los pobres médicos homeópatas y se les ha acusado de ejercer pura y exclusivamente una medicina sintomática.

Hay casos, ciertamente, en los que las causas—al menos secundarias,—de ciertas enfermedades, son muy conocidas y muy apreciables. Así pueden provenir de una cólera, de un susto, de un enfriamiento, de un embarazo gástrico, etc. Así, todos esos dolores, cuyos caracteres diversos hemos enumerado, pueden depender de un golpe, de una caída, de una herida, etc.

¡Oh! entonces la cosa es muy fácil, y, en este caso, limitando nuestra atención á esta causa muy natural, buscaremos en ella nuestro tratamiento. Pero, cuando la causa, es totalmente desconocida, cuando el médico no tiene, más que el lenguaje del dolor, por intérprete de la naturaleza, ¿por qué irá á escuchar otro, quizá falso y engañoso?

Las enfermedades se manifiestan pues, por cuadros sintomáticos. Es la vía que la naturaleza indica al médico, es la única segura y cierta, y, cuando el enfermo se ve libre de todos sus síntomas, está perfectamente curado, y es todo lo que el quiere.

3º FISONOMIA DE LAS ENFERMEDADES.—Repitémoslo; las enfermedades, por lo que ellas tienen de tangible para su apreciación, son cuadros sintomáticos. Ahora bien, consideradas bajo este aspecto, y, hasta pudiera decir, en su esencia, ellas deben tener su fisonomía específica, su carácter independiente, y su sello individual. Todos esos cuadros sintomáticos, forman una galería inmensa, en la que algunos pueden ofrecer puntos de semejanza, pero en la cual no hay dos que sean «iguales,» en la acepción estricta de la palabra.

Es un árbol, cuyos brazos se ramifican, y se dividen á lo infinito; todos esos brazos producen frutos



de la misma especie; pero, si los consideráis atentamente, si examináis su forma, su volúmen, su sabor, su color y su peso, los hallaréis muy semejantes, más no encontraréis dos iguales.

Dejadme proseguir mi comparación y mis ideas, pues no deseo salir de la unidad, á pesar de las repeticiones inevitables.

Tomad un piano, el más extenso posible, recorred todos los tonos, todos los modos, todas las escalas, no hallaréis dos elementos «iguales.» Hallaréis «semejanzas,» pero no «igualdades.»

Las enfermedades son, pues, modalidades bien distintas, que conservan su caracter de «esencialidad» y de «individualidad.» He aquí, lo que forma uno de los puntos dogmáticos «más importantes» de nuestra Doctrina; no se puede concebir á la patología hahnemanniana, «sin la individualización más absoluta.»

Este principio, es de tal manera preciso, que si queréis permanecer escrupulosamente en las ideas hahnemannianas «puras,» es necesario no dar jamás nombres á las enfermedades. En homeopatía no hay enfermedades «nominales,» sino modalidades sintomáticas; retened bien esto, es uno de los puntos más importantes, lo que comprenderéis

mejor, si escucháis atentamente la conferencia siguiente.

La Alopátia ha tomado esto como pretexto para acusarnos de no tener ninguna clasificación nosológica, y para arrojar á la Homeopatía del dominio científico.

Nuestra justificación será breve y fácil.

Hay mucha distancia, entre lo que es y lo que quisiéramos que fuese. Hay mucha distancia, entre las ideas, los deseos teóricos, y entre las exigencias y las imperfecciones de la práctica.

Así, bajo el punto de vista estrictamente filosófico, las enfermedades encerrándose en su modalidad «específica y absoluta,» no deberían prestar su frente á ningún bautismo, someterse á ninguna clasificación; pero, como al espíritu humano, muy imperfecto, es preciso en la vía de la práctica, guías y una antorcha, se sirve todavía de los antiguos términos y de las antiguas nomenclaturas, hasta que la Homeopatía habiendo adquirido su derecho de enseñanza oficial, acostumbre á sus discípulos á su lenguaje puro.

Por otra parte, puesto que las enfermedades, sin cesar de conservar su individualidad, presentan entre sí, varios puntos de contacto y de semejanza, no es imposible alguna clasificación; ofrecen, por el

contrario, todas las condiciones de los demás, seres que se han clasificado hasta hoy.

Hahnemann, por lo demás, no fué del todo opuesto á esta idea, puesto que él mismo había emprendido una clasificación nosológica que la muerte no le dió tiempo de concluir.

Mas, digamos de una manera general, que las enfermedades tienen su fisonomía propia é individual, aun en la aparición epidémica y entre los diferentes individuos, aun cuando ellas lleven el mismo nombre. Esto es incontestable.

Esta necesidad absoluta para el práctico, de individualizar las enfermedades, no puede favorecer ni la rutina ni el empirismo, pero, para nosotros, constituye una de las columnas más fuertes de nuestro edificio, sin la cual el templo hahnemanniano, caería en ruinas.

MATERIA MEDICA.—He aquí uno de los pilares del templo hahnemanniano, uno de los pilares que sostienen la cúpula de nuestra doctrina, y cuya potencia hará que los errores no prevalezcan nunca contra ella.

Conforme á mi plan general, hubiera deseado examinar aquí la terapéutica homeopática. Mas ved por qué invierto el orden de mis bases.

¿Qué cosa es nuestra terapéutica?

Es la relación del medicamento y de la enfermedad. Ahora bien, es preciso para poner de acuerdo á estos dos principios, estudiarlos separadamente; es preciso comprender primero dos términos para juzgar de su relación; es preciso, pues, para bien apreciar la coincidencia de su semejanza, después de haber comprendido las enfermedades, tratar de comprender sus homólogos, los medicamentos.

Para hacer percibir más claramente mis demostraciones, voy á recordar á vuestro espíritu algunos principios importantes, que no se deben perder de vista.

Ya hemos dicho en el artículo fisiología lo que se debe entender por fluido vital. Ya hemos estudiado sus relaciones, su papel y sus funciones. Hemos dicho en seguida que las enfermedades, eran alteraciones dinámicas y virtuales de ese fluido vital. En fin, ya hemos examinado en estas, su origen vital, sus manifestaciones sintomáticas, y su fisonomía individual y específica.

Ahora bien, puesto que los medicamentos son los homólogos de las enfermedades, es decir, puesto que los medicamentos, puestos frente á las enfermedades, deben presentar facies, líneas y ángulos proporcionales, es preciso que estos dos términos posean una esencia y



un modo absolutamente semejantes.

Vamos pues, á considerar en los medicamentos, lo que yo me permitiría llamar su fisiología. En seguida veremos su origen, sus manifestaciones y su fisonomía.

**FISIOLOGIA DE LOS MEDICAMENTOS.**—Los medicamentos, son potencias flúidicas, morbigenas, que tienen el poder de curar las enfermedades semejantes á aquellas que tienen el poder de engendrar.

Son potencias flúidicas, y esto, á pesar de la sonrisa del materialismo.

Examinad, en efecto, cualquiera substancia medicamentosa: una sal, un metal, una planta, un líquido, un sólido; esta substancia no se revela á nuestros sentidos, sino por su lado material, pero, ¿creéis que ella obre por su materia? Imposible; ¿no creéis en la existencia oculta bajo esta cubierta material, de un fluido, de una potencia, de una alma, me atrevo á decir?

Los medicamentos pueden entrar en la terapéutica por sus propiedades físicas, químicas ó dinámicas.

Así, en ciertas constricciones del exófago, ó en el volvulus, se hará tragar mercurio que obrará por su peso; pero esto no es hacer medicina, en el sentido vulgar de la palabra, ésto, es efectuar un acto puramente físico.

Así, en ciertos casos de envenenamiento, se hará tomar sosa, potasa, magnesia, ceniza; pero esto no es hacer medicina, esto es ejecutar un acto puramente químico.

Se hará uno de esos actos, en una palabra, siempre que se emplee un medio expeditivo en un caso muy apremiante, como cuando se administra el emético, para arrojar del estómago una substancia venenosa, ó hacer que reviente algún absceso exofagiano ó pulmonar, como cuando se insufla aire en los bronquios de un asfixiado, como cuando se hacen respirar sales á una persona, para despertarla de un síncope, etc.

Y, esto, dicho sea de paso, responde á la objeción estúpida de aquellos que nos dicen: hacedme vomitar mi comida con un glóbulo, —¿qué glóbulo daríais en un caso de asfixia ó de envenenamiento?

A un médico, que me hizo un día estas preguntas, creyendo hacerme un reto invencible, me contenté con decirle sonriendo: Me sorprende, señor, que no me preguntéis, qué glóbulo os daré para arreglaros una pierna fracturada.

En todas estas circunstancias, pues, «no se hace medicina,» retened bien esto. Pero cuando tratéis una enfermedad, es decir, «ese algo» que recorre regularmente sus periodos,—y con esta distinción,

pondréis fin á toda discusión absurda, ¿por qué virtud obrarán los medicamentos? Evidentemente por su virtud dinámica; yo no veo otra, y os desafío á que me demostréis otra manera de obrar.

Los remedios son, pues, potencias flúidicas. Son «seres» que el hombre procria á su voluntad.

He aquí el punto de vista fisiológico de los medicamentos, veamos su «origen.»

**ORIGEN DE LOS MEDICAMENTOS.**—En la colección ya bastante rica de los absurdos, que la ignorancia ha vomitado contra la Homeopatía; recordaréis haber visto éste:

«Los homeópatas no emplean más que un solo remedio, y bajo la forma de agua clara, y bajo la forma de polvo blanco.»

«La Homeopatía no emplea más que venenos, el mercurio, el arsénico, la belladona, etc.»

Haced una excursión en el campo de la terapéutica. Id á visitar los campos de todas las Escuelas, todas sus municiones y todas sus baterías. Id á recorrer los arsenales de todas esas potencias rivales. No encontraréis ni municiones tan numerosas, ni baterías mejor dirigidas, ni arsenales mejor provistos que los nuestros. Poseemos todas las armas, desde las de los griegos y los romanos, hasta las

más modernas. Nuestra materia médica encierra medicamentos tomados en los tres reinos de la naturaleza; ella conoce y usa todas las substancias empleadas por los alópatas, y además otras muchas, por ellos totalmente despreciadas.

Los metaloides, los metales, las sales, las plantas, el líquido secretado por las glándulas de ciertos animales, todo... todo lo que puede llamarse remedio, la Homeopatía lo conoce y lo pone en obra.

Desde las substancias más simples hasta las más compuestas, desde las más comunes hasta las más raras, desde las más inocentes hasta las más violentas, ella las emplea todas, todas entran en sus medios y su poder.

¡Sí! nosotros empleamos los venenos, ¿por qué nó? ¿Para qué los ha criado Dios? ¿No es para servirnos de ellos? ¿Creéis que entre todas las substancias salidas de su voluntad creadora, halla una sola inútil? Todo lo ha hecho para el hombre, todo lo ha hecho para su uso, y todo lo ha hecho para su bien.

¡Mas, preguntad á vuestros médicos alópatas, si no emplean los venenos! ¿Y por qué cuando os los dan sois tan dóciles? ¿Y por qué cuando os los dan en dosis maci-

zas los pasáis á ojos cerrados, sin



decir una palabra? Y cuando la Homeopatía os los da en dosis fluidicas ¿por qué tantas murmuraciones, tantas quejas y tanta repulsión?

He aquí una idea en la que á menudo he reflexionado, y que siempre me ha hecho apreciar las divagaciones y aberraciones de los pobres de espíritu.

Supongamos, por un momento, que la Homeopatía fuese la medicina antigua, la medicina oficial, la medicina general y única conocida hasta nuestros días. Siempre y desde el principio del mundo, se hubieran tomado los medicamentos como nosotros los hacemos tomar, es decir, en dosis infinitesimales, y siempre bajo la forma de agua clara ó de polvo blanco, no teniendo ni olor, ni sabor. Nuestros sentidos estarían perfectamente acostumbrados á ellos, nuestros hábitos, absolutamente conformes, y los enfermos se considerarían muy dichosos, al sanar por medios tan suaves, tan fáciles y tan inocentes.

Supongamos que en un momento dado, la Alopátia apareciera en el horizonte médico, y que se presentara á los enfermos con sus re-

medios materiales, con sus botellas negras y amargas, con sus venenos crueles y furiosos, con su lanceta, sus sanguijuelas, sus veigitorios, sus cauterios, sus sedales y sus ventosas. Con toda certeza, la aparición de este metodo, hubiera espantado al universo, todos los enfermos se hubieran apresurado á cerrar los ojos, su nariz y sobre todo la boca; y este cometa hubiera sembrado más terror que los del cielo.

¡Y bien! sucede lo contrario; á la brutalidad de los agentes alopáticos, se desea substituir la suavidad de los agentes homeopáticos, y vosotros no queréis! ¡La Homeopatía, os quiere conducir con una mano suave y maternal en una vía de flores y á un nuevo Edén y vosotros resistís, queréis permanecer en vuestro camino lleno de piedras infernales. erizado de lancetas, y habitado por sanguijuelas que buscan á quien devorar! ¡La homeopatía quiere mejorar vuestro camino, y aligeraros vuestra carga; os ofrece un transporte rápido, con todo el confort posible y rehusáis, y os obstináis en ir á pie, encorvados bajo el peso de una fatiga abrumadora!

## OCTAVA CONFERENCIA

### CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO

—0—

MANIFESTACION DE LOS MEDICAMENTOS.—Como las enfermedades, los medicamentos se manifiestan por síntomas, ó más bien por cuadros sintomáticos. Estos síntomas artificiales, son el verdadero reflejo de los síntomas morbosos, y esos cuadros vienen á ser la copia fiel, la semejanza perfecta del original, pasando por el daguerrotipo de la experimentación pura.

¿Qué cosa es la experimentación pura?

Es la acción de administrar á un individuo, ó individuos, que están bien, tal ó cual substancia, más ó menos conocida, con la intención de perturbar el fluido vital, de producir una enfermedad artificial, y de recoger exactamente todos los síntomas que constituyen su fisiología esencial y específica.

Y en esto, difiere profundamente de la experiencia, base de la terapéutica alopática, porque la experiencia, como ya lo hemos visto, no administra los medicamentos á los enfermos, sino conforme al testimonio de los colegas ó al éxito obtenido por cada médico en su práctica particular. Pero jamás, de esta manera, el práctico puede avanzar con un paso firme; sólo la «experimentación» da una antorcha, la «experiencia» no le presta más que el báculo del ciego.

Esta gran verdad, ya había sido presentida por algunos médicos, menos modernos que Hahnemann. Había sido sospechada, y después deseada por algunos de esos hombres raros, á quienes el cielo parece conceder, una vez cada siglo, una chispa de su divina intuición; pero sin duda alguna, á nuestro